Encarnar y desencarnar

La estancia del espíritu en la erraticidad es variable, como denominaba Kardec en la vida espiritual, es variable. Podemos estar un año o un milenio. Depende de nuestras necesidades y opciones.

Tendemos a quedarnos más tiempo en el mundo espiritual, incluso por una cuestión de disponibilidad reencarnatória. La población desencarnada es mucho más numerosa, cerca de 20 billones. No están equivocados los cofrades que hablan de la necesidad de valorizar la experiencia humana, considerando que hay hileras en el Más Allá, aguardando la inmersión en la carne.

La evolución no está subordinada exclusivamente a la vida física. Ocurre en los dos planos. El Espíritu evoluciona también en el continente espiritual, donde está nuestro hogar.

Son las necesidades del espíritu lo que define la duración de la permanencia en el plano espiritual. Alguien con graves compromisos espirituales, en virtud de sus desatinos, necesitará retornar a la carne en un tiempo breve, conforme ya comentamos. Un misionero, que acostumbra a venir a la Tierra para sagradas tareas a favor del bien común, podrá permanecer siglos en la Espiritualidad. La experiencia humana funciona como un curso escolar. El tiempo que el alumno pasa en la escuela es menor que aquel que ocupa con otras actividades.

Al igual que el culpable no quiere entrar en una prisión, los espíritus ignorantes a veces no desean reencarnar. Entonces se ven precisados a una reencarnación compulsoria, que siempre es programada por sus mentores, dependiendo del estado evolutivo, los espíritus más evolucionados, conscientes de sus responsabilidades, planean la época del retorno.

Los grandes misioneros de Cristo vienen siempre vestidos de trabajadores, empeñados en servir. Saben que en la simplicidad y en la dedicación al prójimo están las bases de sustentación de su esfuerzo.

La reencarnación compulsoria pule las imperfecciones más groseras del Espíritu reencarnante. Entre “lloro y crujir de dientes”, según la expresión evangélica, él madurará.

Es más difícil reencarnar que desencarnar, ante el escaparate de lo que va a ser su estancia en la Tierra, El Espíritu viste una armadura, que le inhibe las percepciones y le impone limitaciones y necesidades urgentes, relacionadas con la subsistencia; pasa por la completa amnesia, incapaz de definir la propia identidad; durante varios años estará en total dependencia, debilitado e indefenso. Males físicos lo asediarán, dudas lo perseguirán, el dolor será su compañera inexorable. ¡Será complicado y asustadizo!

El desencarnar es como deshacerse de la armadura. El retorno al hogar, al continente espiritual; dejar el equipo que adaptamos para realizar nuestra peregrinación, readquirir las percepciones, encarar la realidad, superar las dudas, librarse del dolor físico, reencontrar afectos queridos… Y lo mejor – adquirir la libertad, como un preso.

En nuestro propio beneficio, es necesario encarar la muerte de forma optimista, como el viajante que retorna al hogar, después de una larga ausencia.

Depende de cómo encaremos la vida que viviremos como personas atormentadas y enfermas como pareciendo que vivimos en un hospital; otras se sienten en una prisión. Hay quien se sitúa en una arena de disputas por la riqueza y el poder, y quien juzgue estar haciendo un viaje de vacaciones, en la inconsecuencia de los vicios y ocios... La realidad y lo mejor es que debemos ver en la experiencia humana una escuela u oficina de trabajo, considerando que estamos aquí para aprender los fundamentos de la Vida y superar las tendencias egoístas con el empeño en el Bien.

Y en lo referente a los dolores e imposiciones que la vida nos ofrece, hemos de considerar que la jornada terrestre es una gran lija que pule nuestras imperfecciones más groseras, todos tenemos programas relacionados con el hospital y la prisión. Hay males inevitables. No obstante, facultarnos la bondad celeste los ameniza, tornándolos perfectamente tolerables, desde que no despreciemos la necesidad de aprender y servir, sin desánimo.

Llegará un momento, en esta vida o en las próximas, en el que habrás alcanzado ese punto donde ya no tienes el deseo de hacer esto o aquello, sino simplemente «ser». Nunca más maldecirás o juzgarás a la prostituta, al ladrón, al asesino o al país que está en guerra. Habrás vivido todas esas cosas y sabrás lo que se siente al serlas. Estarás tan completo con las experiencias de este plano, que ya no habrá nada que te arrastre otra vez aquí para experimentar. Entonces partirás hacia nuevas aventuras en planos superiores de existencia.

El amor de Dios llamado vida, siempre te ha sido dado. A pesar de todas tus experiencias miserables, el sol aún sale y baila en los cielos. Las estaciones aún vienen y van. Las aves silvestres aún vuelan hacia el cielo del norte. Y el pájaro nocturno aún grita en la noche mientras tú cierras los postigos de tu habitación. Es en la continuidad de todas estas cosas donde, si miras, te darás cuenta del perdón y la eternidad que la vida siempre te ha concedido.

Extraído del libro: “Reencarnación” de Richard Simonetti

Mercedes Cruz Reyes